

TEMA 7

LA VIRGEN MARIA

Como de costumbre, antes de reflexionar sobre el tema de la sesión de hoy, leeremos un fragmento del Evangelio relacionado estrechamente con el mismo. A continuación los dos minutos de silencio destinados a interiorizar la Palabra de Dios escuchada y tal como siempre voy insistiendo, también con la finalidad de acostumbrarnos a hacer de esta práctica de lectura-contemplación una necesidad vital para nuestra vida de camino hacia la intimidad con el Señor.

El Evangelio que hoy proclamaremos es de Lucas 1,26-38.

"Jesucristo fué concebido por obra del Espíritu Santo, nació de Maria Virgen y se hizo hombre"

He aquí la verdad de fe formulada en el credo de Nicea-Constantinopla el año 381, que intentaremos desarrollar en el tema de hoy.

El Hijo de Dios, Verbo eterno del Padre, por deseo y decisión amorosa de este, se hizo hombre, **"en todo como nosotros, excepto en el pecado"** (Hebreos, 4,15). Entró en la historia, se hizo uno de los nuestros, en un tiempo y lugar determinados. Y tiene un nombre JESÚS. Eso ya lo estudiamos en una sesión anterior.

Como todo hombre, Jesús tuvo una madre, pero....que madre !!

La sublime grandeza y la candorosa belleza del texto que hemos leído antes nos invita a descubrir, explicar y magnificar la figura excelsa de Maria, una joven doncella, sencilla, de modesta condición social y de apariencia absolutamente normal, como todas las jóvenes israelitas de su época, pero con una misión y vocación excelsas y con una grandeza de alma incomparable que la hace digna de convertirse en la misma madre del Hijo de Dios, Jesús, hombre verdadero y Dios a la vez.

Dos grandes y misteriosas prerrogativas son otorgadas a Maria : su virginidad y la plenitud de gracia ,o sea la exención del pecado original.

Limpia del pecado original y de todo pecado personal durante toda su vida, Maria, a la propuesta del angel, y seducida en todo su ser por el gran misterio de Dios, responde desde su suprema libertad y desde la obediencia a la fe, convencida de que “nada es imposible a Dios” : **“Soy la esclava del Señor”**.

Desde el testimonio histórico conocemos que era un esclavo : se trataba de un hombre o una mujer con dependencia absoluta de un amo o señor. De tal manera ejercia éste su poderio sobre el esclavo que le pertenecia como si de una “cosa” se tratara y no de una persona. Era dueño de su persona, de su tiempo, de sus capacidades físicas e intelectuales, de su libertad, e incluso de su vida. Podia hacer de él cuanto quisiera sin necesidad de dar cuenta a nadie. Dado, pues, que Maria conocia bien el entorno histórico en que se desarrollaba su vivir, sabia bien el abasto de la realidad de los esclavos. Por lo tanto cuando ella quiere ofrecerse al Señor desde una plena y consciente radicalidad, no halla palabra alguna que signifique con tanta exactitud su decisión de libramiento y entrega total como esta: **“Soy la esclava del Señor”**.

Esta actitud de sincera y humilde entrega incondicional al Señor, hija del silencio contemplativo y de su capacidad para decir sí a Dios, debería ser para nosotros motivo de reflexión en nuestros minutos diarios de oración. Debemos admirar a Maria en su actitud de acatamiento amoroso a la voluntad de Dios, para también esforzarnos en imitarla, aún a partir de nuestra pobreza espiritual.

Cuando nos invade la sensación de que nadie es honesto, nadie es sincero, nadie está limpio en este mundo. Cuando nosotros mismos nos vemos envueltos por la desolación y la amargura, es altamente reconfortante pensar que existe ella, Maria, nuestra hermana, que pone a salvo nuestro deseo de contemplar a una criatura transparente que haya respondido a Dios con humildad y sinceridad.

Es bueno, es fuente de gozo interno, el hecho de ofrecernos cada día, en nuestros momentos de oración, a Jesús, para decirle con sinceridad y gozo al mismo tiempo : aquí estoy, para hacer tu voluntad. Y juntar nuestra súplica a la de nuestra Madre, la Virgen Maria, con sus mismísimas palabras asumidas como propias : “Soy la esclava del Señor”. Es la palabra hecha plegaria mas sublime que puede salir de labios de un cristiano que se siente hijo de Dios, hermano de Jesús y por tanto también, como Él, hijo de Maria.

No olvidemos que Maria, por su condición excelsa de Madre del Redentor, está estrechamente vinculada a Dios Padre, pero también hemos de considerarla hermana nuestra, ya que pertenece a nuestro mismo linaje humano, es muy nuestra, la tenemos muy cercana a nosotros. La Iglesia la proclama “Mediadora de todas las gracias”. Nuestras palabras, pues, unidas a las suyas, adquieren un valor suplementario difícil de calibrar.

PERMÍTEME OFRECERTE UN CONSEJO :

Toma como modelo esta plegaria que te propongo a continuación. Ponla como centro y núcleo de tus súplicas y verás, poco a poco, renacer tu gozo, y sobre todo tu deseo de conversión a una vida dada a la adoración de Dios y al servicio de los hermanos, lejos del egoísmo que siempre intenta atenazar nuestro corazón para, al fin, llevarnos a la desdicha..

PLEGARIA CONFIADA A JESÚS, HIJO DE MARIA

“Dios mio, mi señor y creador, ya que enviaste al mundo a tu Hijo Jesucristo a morir en una cruz por mi, yo deseo ardientemente, a partir de ahora, hacer tu voluntad. Acepta esta mi sincera súplica que uno a la de tu santísima madre Maria con sus mismas palabras :

“SOY LA ESCLAVA DEL SEÑOR, HAZ DE MÍ SEGÚN TU PALABRA”.

“Me siento pobre y pecador, pero confio en tí ciegamente. Creo firmemente que tu infinita bondad y tu fidelidad sin límites están por encima de todas mis debilidades y de todas las ofensas que de mí recibiste.

JESÚS, HIJO DE MARIA. TEN PIEDAD DE MI..!!

En Maria se sintetizan los atributos de la misma divinidad. Entre los mas cautivadores podemos enumerar los del amor, la humildad, la delicadeza, la fidelidad, la misericordia, la castidad, la sencillez, el espíritu de infancia, la entrega incondicional a Dios, la incomparable riqueza de todas las bienaventuranzas...

He escrito “los mas cautivadores”, de estos atributos, porque precisamente se corresponden con nuestras carencias mas fundamentales. Es por ello que deberíamos proponernos integrar en nuestra oración de cada dia, la petición insistente y confiada a la vez, a la Virgen Maria, de que nos infunda esas virtudes que tanto precisamos y de las que a la vez tanto carecemos, y que son la quintaesencia del cristianismo. Estamos ciertos de lo mucho que ella nos ama. Por ello creemos firmemente que poco a poco, al ritmo suave de Dios - que jamás fuerza para no violentar nuestra libertad - nos las irá concediendo.

“Permite, oh Señor, a tu siervo, gozar de la luz de tu dulce mirada..”
(Salmo 4,7).

Haz que conozca tu verdadero rostro, oh Madre amada, el cual, ciertamente ya “siento intuitivamente dibujado en mi propia entraña..” (S. Juan de la Cruz).

Aquí tenemos formulada otra propuesta de plegaria tierna y filial.

Pienso que se comprende y se ama poco a Maria porqué de ella tenemos todos una idea distorsionada. Desgraciadamente, los cristianos, nos hemos hecho de ella una falsa imagen que nos aleja de su esplendorosa realidad. Acostumbrados, ya desde nuestra infancia a una inflación de signos poco afortunados, nos hemos alejado del verdadero rostro de Maria. Todos hemos tenido a mano estampas melifluas con un corazón pintado (que mas bien parecen una lección de anatomía), o con estrellas brillantes por corona, con la serpiente o la luna bajo sus piés ; con un lirio en mano o con espadas clavadas en su pecho y con ojos chorreando lágrimas. No vamos a negar la simbología, el hombre la necesita para su expresión - así nos diría un buen antropólogo - Pero el símbolo (que es visible) es solo un trampolín para levantarse a verdades metafísicas (no visibles), no una realidad a la que agarrarse. Eso es lo que desgraciadamente hemos hecho.

Personalmente prefiero las bellísimas iconas orientales, como por ejemplo la de la Virgen pintada por Vladimir, la que he colocado como primera página de este librito. Pienso que estas estampas de la Virgen evitan la fijación de imágenes estrambóticas, ya que apuntan mas hacia el misterio y a una simbología transcendente.

Maria es la mujer mas “normal” que jamás existió. Su auténtica belleza reside en su inabastable misterio interior. Concebida sin pecado original y escogida para ser Madre del mismo Dios, hecho hombre en Jesús, es la obra maestra del Creador. Ángel alguno posee su excepcional hermosura. Criatura alguna jamás podrá igualarla. Ninguna mente humana es capaz de percibir su realidad esplendente. Es la excelsitud que admiran el cielo y el cosmos entero. Refleja fielmente del rostro de la misma Trinidad, mas que el agua pura el azul del cielo. Maria, madre y virgen a la vez, ama a su hijo Jesús como jamás madre alguna haya amado. Maria ama a los pecadores - ¡NOS AMA! - con un amor fuera de las humanas medidas. Cuanta belleza, Dios mío ! Quisiéramos alabarla, bendecirla, exaltarla, proclamarla, pero no hallamos palabras adecuadas para hacerlo...nos sentimos como paralizados. Naturalmente : desde nuestra dimensión finita quisiéramos describir la infinitud y transcendencia de Maria, y nos sentimos incapaces de ello. Posiblemente la poesia seria un recurso de aproximación bastante válido...pero no somos poetas. Por suerte nuestra,

Ella, precisamente porqué es tan buena y comprensiva, nos exculpa de tal impotencia, nos ama tiernamente y nos acepta tal como somos : pobres, imperfectos, pecadores. Nos acaricia como hace una buena madre con su hijito en su regazo...

BENDITO SEA SIEMPRE Y GLORIFICADO EL SANTO NOMBRE DE MARIA, VIRGEN Y MADRE DE DIOS, MADRE DE JESÚS Y MADRE NUESTRA...!!

Para aproximarnos al verdadero rostro de Maria tenemos, pero, un buen recurso : las sagradas Escrituras. Maria es el puente de alianza y unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Como hija de Sión, Virgen pobre entre los pobres de Jahwe, abierta a la expectación del Mesias prometido a Israel. Como Madre de Jesús, madre del Verbo Encarnado, alborada del nuevo día, puerta abierta a la nueva era cristiana, a los tiempos definitivos de salvación, a la esperanza del establecimiento definitivo del Reino de Dios, cuyo signo y sacramento es la Santa Iglesia. Maria es la nítida imagen de lo que esta misma Iglesia ansia y espera ser y de la cual es figura y modelo.

